

¿QUÉ BUSCAS? (Jn 1,35-42)

³⁵ Al día siguiente, Juan [el Bautista] se encontraba de nuevo allí con dos de sus discípulos. ³⁶ Fijándose en Jesús que pasaba, dice: «He ahí el Cordero de Dios». ³⁷ Los dos discípulos le oyeron hablar así y siguieron a Jesús. ³⁸ Jesús se volvió y, al ver que lo seguían, les dice: «¿Qué buscan?» Ellos le respondieron: «Rabbi — que quiere decir “Maestro” — ¿dónde vives?». ³⁹ Les respondió: «Vengan y lo verán». Fueron, pues, vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día. Era más o menos la hora décima. ⁴⁰ Andrés, el hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que habían oído a Juan y habían seguido a Jesús. ⁴¹ Éste encuentra primeramente a su propio hermano, Simón, y le dice: «Hemos encontrado al Mesías» — que quiere decir, Cristo. ⁴² Y lo llevó a Jesús. Fijando Jesús su mirada en él, le dijo: «Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas — que quiere decir, “Piedra”».

Ya concluyó el tiempo navideño. Increíble pero así es. Parece que el tiempo litúrgico también vuela como los acontecimientos humanos. Hace poco, poquito, se discutía sobre la vacancia presidencial, el indulto, la reconciliación, el voto de conciencia de algunos parlamentarios, el nuevo gabinete, el accidente de Pasamayo, los seguros que existen, y casi nadie lo sabía, para los que mueren en las autopistas, ¡ah!, Lava Jato, etc. El tiempo vuela también para la liturgia cristiana. Los hermosos y enormes pesebres que adornaron los templos y las casas ya deben estar desarmados, encajonados y guardados hasta la próxima Navidad. Aunque no lo creas, pero este domingo celebramos ¡el segundo domingo del tiempo ordinario! En este sentido, la liturgia de 2018 es singular, alguno incluso cree que es un fenómeno que se repite cada mil años. El domingo pasado fue Epifanía del Señor; el lunes, Bautismo de Jesús (e inicio del tiempo ordinario); y hoy, segundo domingo del tiempo ordinario. Misterios de la liturgia que los liturgistas nos los esclarecerán. Pero volvamos a lo nuestro. El famoso biblista cardenal Martini propuso alguna vez que el tiempo navideño se prolongara un poco más para seguir reflexionando sobre el misterio de la encarnación de la Palabra. Y, seamos sinceros, tiene razón.

Acabamos de leer un fragmento del cuarto evangelista. Como estamos en el año B debería ser un texto de Marcos y así lo será a partir del próximo domingo. La mística del más alto de los evangelistas se debe probablemente, entre otros, al más grande nacido de mujer (Lc 7,28). Los dos se conocieron, como dice la tradición, aunque el texto de hoy no lo diga (sin embargo, muchos predicadores veloces dirán que los dos discípulos mencionados en el texto son Andrés y Juan. Si lees bien no dice eso el texto. Solo menciona a Andrés. Volveré sobre este punto al final de estas líneas). El evangelio de hoy nos reproduce una expresión profunda, teológica, bíblica y mística del precursor de Jesús. Mientras que sus paisanos lo ven como «el hijo del carpintero» (Mc 6,3) y otros como el Rabbi (Jn 1,38d), el Bautista, en cambio, con sus ojos metafísico-místicos vio más allá y reconoció en el Nazareno su dimensión salvífica: «He ahí el Cordero de Dios» (36b). También agudizaron su mirada los dos primerísimos discípulos y, al ver al Nazareno, entrevieron su dimensión mesiánica: «Hemos encontrado al Mesías» (41b). Dos profecías que dicen mucho al hebreo, nada al pagano. Llenan de esperanza al creyente, pasan desapercibidas al incrédulo. Fortalecen la esperanza del nuevo pueblo de Israel, son ignoradas por los gentiles. ¿Y para ti? ¿Qué significa la presencia del Nazareno en la historia de los hombres? ¿Cómo calificas su vida? ¿Qué significa Él para nuestro pueblo, para la sociedad y para nuestras autoridades?

¿Qué buscas?

De un momento al otro, el Nazareno giró hacia atrás y vio que dos le seguían. Pero ¿cómo le seguirían estos que el Maestro se sorprendió? ¿Cómo caminarían detrás de él, que Jesús se dio cuenta de que lo acechaban? ¿Cómo lo observarían que tuvo que regresar? Y no es para menos. El Bautista lo había señalado diciendo: «He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo» (Jn 1,29). El hebreo y solo el hebreo sabe y entiende de pecados, el pagano no. El judío conoce el poder destructivo del pecado, el ateo no. Los israelitas hicieron de todo para librarse del pecado, los gentiles no. El pueblo de Jacob ofreció infinidad de holocaustos para expiar sus faltas, el pagano nunca. Por eso, debió sonar impresionante que alguien dijera indicándote a otro: «He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo». Pero... mucho más impresionante suena la interpelación del Nazareno: «¿Qué buscan?» (38c). Esta es la pregunta esencial al inicio de este año litúrgico. Es la pregunta de toque existencial. Es la pregunta para todo aquel que se siente o se dice hombre religioso, que va a Misa, que cree en Dios, que frecuenta la Iglesia, que espera – en nuestro caso – la llegada del Papa. «¿Qué buscas?» (38c). Sí, así es. ¿Qué buscas en la religión? ¡Responde! ¿Qué buscas en la Iglesia? ¿Qué buscas al ir a los templos, al visitar los pesebres, al participar de tu grupo parroquial, de tu comunidad, de tu hermandad, de tu cofradía o simplemente al ir a Misa? «¿Qué buscas?» ¿Podrás responder? Las respuestas podrían ser verosímiles. Muchos buscamos milagros, otros más milagros. Muchos preferimos, por si acaso, estar en paz con la divinidad o las divinidades, aunque nos interese poco conocerlo. Muchos buscamos protección, buscando la imagen más protectora. Muchos queremos desahogarnos un momento, buscando el culto más sentimental. Muchos buscamos compañía, para no caer en la solitaria depresión que ronda en nuestras casas. Muchos vamos detrás del maestro sabio, del hombre ético, del gurú infalible, del que da suerte si le rezas, etc. Y muchos vamos a la iglesia también solo y nada más que por simple tradición... «¿Qué buscas?». Te pregunta el Nazareno girándose y a quemarropa. «¿Qué buscas?»

El cordero de Dios y el Mesías

Juan el Bautista y aquellos dos discípulos encontraron algo único, especial, profético, que no se halla en ninguna parte y en ninguna otra persona. Encontraron la respuesta a su esperanza. Una esperanza fundada en años de expectación, como es la fe en las promesas de Dios. Porque la religión no es del momento ni para el momento. Y así fue. Uno encontró al «Cordero de Dios» y otro al «Mesías» (). ¿Dice eso algo para ti? El primero descubrió a Aquel que puede quitar (cargar) el pecado del mundo, y estos al salvador de su pueblo. Aquel encontró al que inaugurará un tiempo nuevo, y estos al que instituirá un nuevo reino. Aquel comprendió que llegó el tiempo en el cual el mal será vencido, y estos el que someterá a todos, incluso a la muerte, al poder de Dios. Aquel se topó con el Cordero de Dios que es el nuevo alimento para los hombres y estos con el Mesías, el verdadero liberador del hombre. ¿Cómo es eso?

Un aspecto único y singular de la religión, de la religión cristiana, es el perdón de los pecados. En segundo momento va la caridad, la ayuda al otro o el servicio. En el credo no se menciona la palabra caridad o ayuda, pero sí el «perdón de los pecados». Para eso vas, fundamentalmente, a Misa. Cada domingo iniciamos el culto pidiendo perdón al Señor («yo confieso...»), casi la final se repite lo mismo («este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo») y al centro, en el momento más importante de la Eucaristía recordamos la finalidad de la consagración («este el cáliz... para el perdón de los pecados»). Si no te sientes pecador, entonces, no es necesario que vayas a Misa...

El Cordero y el pecado

Para el ciudadano de la atropellada urbe, un «cordero» no le dice nada, mucho menos para el pagano ignorante del mundo bíblico. En cambio, al que conoce las profecías se le abre un mundo de significados salvíficos. La sangre de un «cordero» en los dinteles de las casas salvó a los hebreos del último castigo del *Yhwh* (Ex 12,11). Y en el Templo de Jerusalén se ofrecía diariamente un «cordero» para expiar pecados (Ez 46,13). Los profetas anunciaron que un día sucedería que Uno, acusado injustamente por todos, sería llevado como «cordero» al matadero, lo cual sería, paradójicamente, la salvación de ellos mismos (Jr 11,19; Is 53,7). Y al final de los días, cuando veas la gloria de la nueva Jerusalén no hallarás en el centro sino «el trono del Cordero», de cuyos pies brotará el «río de agua de vida» (Ap 22,1). La fuente de la Vida.

Señalar, entonces, a un hombre como el «Cordero de Dios» es demasiado. Sí, demasiado para el creyente. Pues este Cordero tiene una misión singular: «quitar el pecado del mundo» (Jn 1,29). Atención, no dice «los pecados», sino «el pecado». No se trata solo de las mentiras, robos, asesinatos, adulterios, etc., se trata de algo más serio. Se trata de quitar la raíz de todo mal, del Mal. ¿Quién puede hacer esto? Solo el «Cordero» que vino a inaugurar un tiempo nuevo, una nueva creación. Si el tiempo antiguo comenzó con el pecado, la nueva creación es obra del Cordero. Un tiempo nuevo, un reino nuevo, un hombre nuevo (Ef 4,24). No puede seguir dominando el mal en el mundo, en nuestra sociedad y en nuestro corazón. Si crees en el Cordero, cree también que hizo una nueva creación (Gal 6,15). No puede seguir dominando el mal, no podemos continuar siendo transmisores del mal, no debemos continuar expandiendo el mal. Entonces, ¡Maravíllate y construye este nuevo reino! «Maestro, dónde vives?». «Vengan y lo verán». Y aquellos dos no solo se quedaron aquel día... Y tú, ¿crees esto?